



La RAE y el rechazo al lenguaje inclusivo

Julia Moretti


Resumen: El feminismo trajo el cuestionamiento de muchas actitudes, prácticas sociales e ideas que estaban muy instaladas en la sociedad. Una de ellas es la puesta en práctica del lenguaje inclusivo en escuelas, universidades y en la vida cotidiana en general. Sin embargo, la Real Academia Española, que se postula como la verdad absoluta del lenguaje y el habla, rechaza la inclusión del femenino en el discurso y si bien se suele tomar a la RAE como bandera legítima aunque acepta palabras como “murciégalo”, si esta entidad no lo acepta, ellos/as tampoco. Este artículo pretende demostrar cómo al lenguaje inclusivo todavía le falta un largo trecho para recorrer y acomodarse a los cambios que la sociedad ya está experimentando.

Palabras clave: lenguaje - inclusión - género - feminismo.

El feminismo colándose en cada aspecto de nuestras vidas hizo que empezáramos a replantearnos prácticas sociales e ideas, actuales y de hace años; quizá desde que éramos niñas y niños. Puede resultar raro al principio caer en la cuenta de que hicimos y dijimos cosas que eran y son machistas; o peor aún, ser conscientes del ejercicio de violencia sobre el colectivo de mujeres, porque lo teníamos naturalizado o creíamos que eran “cosas que pasaban” y que “eran así”.

En este sentido, empezamos a darnos cuenta de las violencias más gruesas que coinciden con los principales reclamos del pensamiento feminista: el acoso callejero, el aborto clandestino, las violaciones, los femicidios, el salario desigual aun realizando las mismas tareas que un varón, etc.

Sin embargo, hay un tema que genera todavía mucha resistencia y es el uso del lenguaje inclusivo en sus diversas acepciones, pero principalmente dos de ellas: la x y la e reemplazando el masculino para abarcar al femenino y a la diversidad sexual. La utilización del lenguaje inclusivo no es un capricho, no es



sólo para molestar. Por más que nos hayan hecho creer que no hace falta decir “todos y todas” porque en el “todos” estamos incluidas, lo cierto es que en el masculino que supuestamente incluye escondida una práctica de invisibilización que excluye y restringe la participación de las mujeres y nuestro modo de desenvolvernos y participar en el mundo, pero sobre todo, de nombrarnos.

En internet hay mucho material sobre cómo empezar a utilizar el lenguaje inclusivo, principalmente en el aula y con niño/as pequeños/as y por qué es tan necesario. En algunas de las páginas se rescata una anécdota escolar basada en un diálogo entre la maestra y una alumna:


- Señora maestra, ¿cómo se forma el femenino?
- Partiendo del masculino, la ‘o’ final se sustituye por la ‘a’.
- Señora maestra, ¿y el masculino cómo se forma?
- El masculino no se forma, existe (de la Peña Palacios, 2007)

En un sistema en el que las mujeres todavía tenemos que demostrar que somos capaces de hacer las mismas tareas que los varones, el lenguaje no escapa a ello. La predominación de lo masculino está en la esfera del trabajo, en los salarios más altos, en los cargos más importantes... Está. En contraposición, la mujer tiene que insertarse con esfuerzo en aquellos lugares, aparecer, formarse y, fundamentalmente, nombrarse.

Lo que no se nombra, ¿existe?

La utilización de un masculino genérico que incluye a hombres y mujeres esconde una histórica invisibilización de lo femenino que, frente a otras problemáticas, puede parecer secundario, pero que es necesario prestarle atención. Las mujeres conformamos la mitad de la población, es decir, no somos una minoría. Sin embargo, no tenemos las mismas oportunidades que los varones socialmente, laboralmente, etc. pero eso no quiere decir que no haya (ni haya habido) mujeres científicas, médicas, escritoras, ingenieras o diseñadoras,

Pero en la vida cotidiana, ¿cuántas veces nos topamos con noticias que empiezan: “investigadores encuentran...”, “científicos descubren...”, “académicos concluyeron que...”? ¿Acaso no había mujeres investigadoras en el grupo? Hasta a las propias



mujeres nos cuesta incluirnos cuando hablamos de nosotras mismas: decimos “uno” en vez de “una” y “nosotros” en lugar de “nosotras”.

Si el genérico es masculino es porque, sabemos, así como las mujeres fuimos históricamente oprimidas, los varones fueron históricamente los opresores y esto no podemos separarlo de cómo construimos el lenguaje todos los días. Rocío Piñeiro, sobre el lenguaje inclusivo, escribe: “Hay una relación indisoluble entre la imposición del masculino genérico como norma lingüística y la dominación masculina que reproduce las relaciones de poder entre los géneros en los niveles social, cultural, económico y político”.

En estos últimos años presenciamos cambios en el paradigma y el imaginario social acerca del género y la situación que vivimos las mujeres. Son pequeños avances y logros después de años de lucha que empezaron, como suele decirse, “las brujas que no pudieron quemar”, siglos antes de que nacióramos. Entonces, ¿por qué hay tanta resistencia a utilizar el femenino? Si logramos un avance en la concientización sobre la desigualdad de género en nuestra sociedad, ¿por qué no permitirnos modificar el lenguaje que utilizamos?

Esta intransigencia en el nivel del discurso y las palabras hace parecer que el lenguaje fuera algo estático, imposible de cambiar. Al respecto, la periodista Paula Giménez explica que hay tres posturas principales en relación a este tema: primero, que así como la cultura cambia, también lo hace nuestra manera de comunicarnos, entonces no hace falta cambiar el idioma porque cambiará cuando la cultura también lo haga. Segundo, que la historia la escribe quien gana, así que hay que empezar a visibilizar una sociedad con más apertura sexual y diversidad. Y por último, el idioma no es machista o feminista; lo es sólo en la manera de utilizarlo (Giménez, 2018).

De este modo, si tomamos la primera cuestión mencionada por Giménez, a medida que estamos observando cambios en la sociedad y en nuestra manera de vivir, de a poco empezaremos a ver modificaciones en cómo escribimos, cómo hablamos y cómo nos referimos al otro o a la otra. Pero si vemos que aún hay quienes se oponen a hacer las oraciones más largas y a agregar un “/as” cuando redactan, resulta interesante indagar por qué toman esta decisión que, dicho sea de paso, es política.

La Real Academia Española como estandarte

En 2012, la RAE rechazó el lenguaje alegando que algunos de estos modismos, como por ejemplo “los alumnos y las alumnas”, son “artificiosos e innecesarios desde el punto de vista lingüístico”, según su propia página web. Asimismo y en el mismo caso, explicitan que “es incorrecto emplear el femenino para aludir conjuntamente a ambos sexos, con independencia del número de individuos de cada sexo que formen parte del conjunto”. De esta manera, si en un grupo de estudiantes, aun cuando la mayoría de ellos/as son mujeres, es incorrecto decir “los alumnos y las alumnas” y, en consecuencia, se debe decir “los alumnos”.


Resulta curioso pensar que la RAE no acepta no sólo la utilización del femenino como genérico, sino tampoco la inclusión del femenino en un caso en el que hay mayoría de mujeres en un grupo, contraponiéndolo con la acepción de palabras nuevas que decide incluir cada año y que suenan ridículas, como por ejemplo: toballa, murciégalo, almóndiga... Sin embargo se muestra fervientemente en contra de “los alumnos y las alumnas”.

En este sentido, las personas que se amparan en la Real Academia Española para no utilizar el lenguaje inclusivo hacen uso de la misma estrategia que la flamante e incuestionable academia. Siguiendo esta línea, en enero de este año el portal digital *Infobae* publicó una nota titulada ““Chicxs” y “maestr@s” ¿el lenguaje inclusivo de los jóvenes en las redes sociales se trasladará a las aulas?” y retomaré algunos de los comentarios. En un artículo titulado “La militancia mala” y publicado por la revista *Letras*, mencioné que los comentarios en los diarios online “merecen un análisis aparte, exponen una cuestión relevante y reiterada en las plataformas web de información” (Moretti, 2017):

“Luciano Andrés Márquez: Los docentes que permitan el lenguaje inclusivo merecen que se les retire de su cargo”.

“Germán Fure: Hay problemas más serios”.

“Sergio Roland: No es lenguaje inclusivo, es lenguaje ideologizado. La dinámica de la lengua es bienvenida cuando ocurre por espontaneidad, no cuando se trata de lenguajes creados por ingenieros sociales para imponer una ideología” (*Infobae*, 2018).




Volvamos y repasemos: tres varones privilegiados, muy cómodos en sus casas, detrás de una pantalla, opinando que el lenguaje inclusivo no es realmente necesario y que hay cosas más importantes. Importantes ¿para quiénes? ¿Para ellos? Además, ¿podría ser causal de despido de una docente el hecho de que incluya a las niñas en el discurso? Para Luciano, sí. Y para muchos más también.

Pero por otro lado, en *Twitter* suele verse que quienes están en contra de utilizar la “x” o la “e” basándose en la RAE, utilizan en su vocabulario cotidiano la palabra “feminazi” para hacer referencia al movimiento feminista, precisamente a las feministas. Es un término inexistente y está muy, muy lejos de asemejarse al nazismo. Sin embargo, para aquellos que pretenden deslegitimar una lucha de hace siglos, parece muy acertada. Como escribió Laura Bates en *Everyday Sexism*: “Es más fácil comparar a las feministas con los nazis que analizar tus propios privilegios, leer a De Beauvoir y escuchar lo que las mujeres tienen para decir” (Bates, 2012).

De igual modo, si seguimos hablando de pequeñas contradicciones que tiene la sociedad con el lenguaje inclusivo, podemos hacer referencia a dos palabras que tienen acepciones y aceptaciones diferentes. En español, la palabra “sirviente” también puede ser “sirvienta”. Es más, la mujer está más asociada a las tareas de cuidado, atención y de servir; es decir, la sociedad legitima y clausura a la mujer en ese espacio como “lo aceptable”. En esta línea, un 76% del trabajo doméstico no remunerado es realizado por mujeres según una encuesta realizada por el INDEC (*Infobae*, 2017), pero nadie parece alarmarse. En contraposición, la palabra “presidenta” hace ruido, molesta, incomoda. Una mujer en un lugar de poder desencaja porque ese ámbito no le pertenece y ni hablar de nombrarse como “la presidenta” y no “la presidente”. En el mundo, sólo 57 países han tenido en algún momento de su historia una presidenta o primera ministra mujer (*El País*, 2017).

Mientras tanto, nosotras y nosotros seguimos

Si en estos últimos años empezamos a ver una concientización de la desigualdad de género a nivel social, producto de años de luchas iniciados por las primeras agrupaciones y organizaciones feministas, la cuestión del lenguaje inclusivo puede



llegar a ser un tópico con el que haya que tener un poco más de paciencia.


Como mencionaba Giménez, una de las posturas que ella rescata en su nota es la que dice que no es necesario cambiar el lenguaje porque cambiará solo en el momento en el que la cultura también cambie. Estamos viviendo una modificación en nuestras prácticas, modos de vivir y de ser y de entender al otro y a la otra. Entonces, ¿por qué no comenzar a ejercitar la modificación de nuestro lenguaje? En este sentido, “hay mucha resistencia a las modificaciones de tan raíz, somos seres sociales y es a través de la palabra que formamos vínculos, lazos, ideas y cultura” (Giménez, 2018). Sin embargo, es un error pensar que “el idioma existe desde siempre, que es estático y fijo” (Giménez, 2018).

Mientras tanto, en varios ambientes educativos, lo que diga la RAE y el prestigio que tenga entre las altas esferas de la sociedad, no importa. Respecto a lo que escriben las y los estudiantes en el primer año de la carrera de Comunicación Social en la Universidad Nacional de La Plata, “es importante observar la presencia del lenguaje inclusivo [...] no en sentido causal sino como una decisión política” ya que “responde al posicionamiento y necesidad de visibilizar un compromiso ante la realidad” (Lagneaux, 2017).

Agregar un “/as” o reemplazar una “o” por una “x” o una “e” va más allá del “esfuerzo” por escribir de más o que suponga una dificultad al momento de la lectura. Estamos viviendo una era de cambio, de reflexión de nuestras prácticas. Este es el momento para subvertir lo que nos enseñaron y atrevernos a desafiar y cuestionar el lenguaje y, principalmente, dejar de entenderlo como algo neutral que no necesita ser modificado. Los/as futuros/as comunicadores/as ya comenzaron a incursionar e indagar en la revolución del lenguaje. Va a llevar tiempo, práctica y paciencia. Pero de disputarle a la academia y ponerse al hombro la lucha por una mayor inclusión, no se vuelve.

Bibliografía

- Bates, L. (2012). *Everyday sexism*. Londres, Reino Unido: Simon & Schuster.
- De la Peña Palacios, E. (2007). “Fórmulas para la igualdad n° 5. Cómo hablamos, lenguaje no sexista”. Proyecto NÉMESIS, Iniciativa Comunitaria EQUAL, España. [En línea]. Recuperado el 2/5/2018 de: <https://docplayer.es/8664471-Lenguaje-no-sexista-metodologicas.html>

- 
- *El País* (7 de marzo de 2017). “¿Cuántas mujeres presidentas están en el poder?” [En línea]. Recuperado el 6/5/2018 de: https://elpais.com/internacional/2017/03/07/actualidad/1488879380_710686.html.
 - Giménez, P. (2018). “Palabras para todos y todas: qué dicen los que acusan al lenguaje de machista”. *La Nación*. [En línea]. Recuperado el 2/5/2018 de: <https://www.lanacion.com.ar/2109494-palabras-para-todos-y-todas-que-dicen-quienes-acusan-al-lenguaje-de-machista>.
 - *Infobae* (15 de enero de 2018). “Chicxs y maestr@s” ¿el lenguaje inclusivo de los jóvenes en las redes sociales se traslada a las aulas?”. [En línea]. Recuperado el 6/5/2018 de: <https://www.infobae.com/tendencias/2018/01/15/chicxs-y-maestr-s-el-lenguaje-inclusivo-de-los-jovenes-en-las-redes-sociales-se-trasladara-a-las-aulas/>.
 - Lagneaux, M. (2017). “El lenguaje inclusivo y la escritura académica en la universidad”, en Actas 2do Encuentro de Jóvenes Investigadores/as en Comunicación, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata. [En línea]. Recuperado el 6/5/2018 de: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/actas/article/view/4780/3866>
 - Moretti, J. (2017). “La militancia mala”, en Revista Letras, número 6. pp. 91-98. La Plata: CILE, FPyCS, UNLP. [En línea]. Recuperado el 6/5/2018 de: <http://perio.unlp.edu.ar/letras/arts/art16/>
 - Piñeiro, R. (2018). “Lo que no se nombra no existe”. *La Voz*. [En línea]. Recuperado el 2/5/2018 de: <http://www.lavoz.com.ar/ciudadanos/lo-que-no-se-nombra-no-existe>.